

gente que decís que está junta viene por mi mandato y permission, no hay razon para ello, pues estoy en vuestro poder atado con cadenas de hierro, y en asomando la tal gente, ó sabiendo que viene, me podeis cortar la cabeza. Y si pensais que viene contra mi voluntad, no estáis bien informado del poder que yo tengo en esta tierra, y con la obediencia con que soy temido de mis vasallos; pues si yo no quiero ni las aves volarán, ni las hojas de los árboles se menearán en mi tierra. Todo esto no le aprovechó, ni ofrescer á dar muy grandes rehenes por el primero español que muriese en la tierra. Porque, demás desta sospecha, se le acumuló la muerte de Guascar, su hermano; y así, le sentenciaron á muerte y ejecutaron la sentencia, yendo él siempre llamando á Hernando Pizarro, y diciéndole que si él allí estuviera no le mataran. Y al tiempo de la muerte se bautizó, por persuasión del Gobernador y Obispo.

CAPITULO VIII.

De cómo Ruminagui, capitán de Atabaliba, se alzó en la tierra de Quito, y cómo el Gobernador se fué al Cuzco.

Aquel capitán de Atabaliba llamado Ruminagui, que arriba dijimos que huyó de Caxamalca con cinco mil indios, en llegando á la provincia de Quito tomó en su poder los hijos de Atabaliba, y se apoderó en la tierra, haciéndose obedecer por señor della; y después Atabaliba, poco antes que muriese, envió á su hermano Illéscas á la provincia de Quito para traer sus hijos, y el Ruminagui lo mató y no se los quiso dar; y después desto, algunos capitanes de Atabaliba, conforme á lo que él dejó mandado, llevaron su cuerpo á la provincia de Quito á enterrar con su padre Guaynacaba, los cuales Ruminagui rescibió muy honrada y amorosamente, é hizo enterrar el cuerpo con gran solemnidad, segun la costumbre de la tierra, y después mandó hacer una borrachera; en la cual, estando borrachos los capitanes que habian traído el cuerpo, los mató á todos, y entre ellos aquel Illéscas hermano de Atabaliba, al cual hizo desollar vivo, y del cuero hizo un atambor, quedando la cabeza colgada en el mismo atambor.

Después desto, habiendo el Gobernador repartido todo el oro y plata que hubo en Caxamalca, porque supo que uno de los capitanes de Atabaliba, llamado Quizquiz, andaba con cierta gente alborotando la tierra, partió contra él, y no le osó aguardar en la provincia de Jauja; por lo cual envió delante al capitán Soto con cierta gente de caballo, yendo él en la retaguarda, y en la provincia de Viscacinga dieron de súbito tantos indios sobre el capitán Soto, que estuvo muy cerca de ser desbaratado, matándole cinco ó seis españoles; y como vino la noche, los indios se retrajeron á la sierra, y el Gobernador envió á don Diego de Almagro con cierta gente de caballo al socorro, y cuando otro día amaneció, que tornaron á pelear, los cristianos se fueron mansamente retrayendo para sacar los indios al llano, por excusarse de las piedras que les tiraban desde lo alto de las cuestas. Y los indios, entendiendo el engaño, no salieron y pelearon allí, sin reconocer el socorro que habia venido, porque con la mucha niebla que aquella mañana hizo no le pudieron ver; y así, pelearon aquel día tan animosamente los cristianos, que desbarataron

los indios y mataron muchos dellos. Y de ahí á poco llegó el Gobernador con toda la retaguarda, y allí le salió de paz un hermano de Guascar y de Atabaliba, que por su muerte habian hecho inga ó rey de la tierra, y dádole la borla, que era la insignia ó corona real, llamado Paulo inga; y este le dijo cómo en el Cuzco le estaba aguardando mucha gente de guerra, y llegando por sus jornadas cerca de la ciudad, vieron salir della grandes humos; y creyendo el Gobernador que los indios le quemaban, envió ciertos capitanes á gran priesa á lo defender con alguna gente de caballo, y en llegando á la ciudad salió sobre ellos gran número de indios, y comenzaron á pelear con los cristianos, tirándoles tantas piedras y tiraderas y otras armas, que no pudiéndolos sufrir los españoles, se retrajeron á toda furia mas de una legua hasta un llano donde se juntaron con el Gobernador, y allí envió sus dos hermanos Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, con la mas gente de caballo, y dieron en los indios por la parte de la sierra tan animosamente, que los hicieron huir, y ellos los siguieron, matando en el alcance muchos dellos. Y como la noche vino, el Gobernador hizo recoger todos los españoles y los tuvo en arma; y cuando otro día pensaron que en la entrada de la ciudad tuvieran alguna resistencia, no hallaron hombre que se la defendiese; y así, entraron pacíficamente, y de allí á veinte días tuvieron nueva cómo Quizquiz andaba con mucha gente de guerra robando y destruyendo una provincia llamada Condesuyo, y envió á lo estorbar el Gobernador al capitán Soto con cincuenta de caballo, y Quizquiz no le aguardó, antes se fué la vía de Jauja á dar sobre algunos españoles que allí supo haber quedado guardando su fardaje y haciendas, y con la hacienda real, que tenia á cargo el tesorero Alonso de Requelme. Los cristianos, sabiéndolo, aunque eran pocos, se defendieron animosamente en un lugar fuerte que para ello escogieron. Y así, Quizquiz se pasó adelante la vía de Quito, y tras él envió el Gobernador otra vez al capitán Soto con cierta gente de caballo, y después envió en su socorro á sus hermanos, y todos siguieron á Quizquiz mas de cien leguas; y no le pudiendo alcanzar, se volvieron al Cuzco, y allí hubieron tan gran presa como la de Caxamalca, de oro y de plata, la cual el Gobernador repartió entre la gente y pobló la ciudad, que era la cabeza de la tierra entre los indios, y así lo fué mucho tiempo entre los cristianos; y repartió los indios entre los vecinos que allí quisieron quedar, porque á muchos no les pareció poblar en la tierra, sino venirse con lo que les habia cabido en Caxamalca y Cuzco á gozarlo en España.

CAPITULO IX.

De cómo el capitán Benalcázar fué á la conquista de Quito.

Ya dijimos arriba cómo al tiempo que el Gobernador entró en el Perú pobló la ciudad de San Miguel, en la provincia de Tangarara junto al puerto de Tumbes, porque los que viniesen de España tuviesen el puerto seguro para desembarcar; y porque le pareció que habian quedado allí pocos caballos después de la prisión de Atabaliba, envió por su teniente desde Caxamalca á San Miguel al capitán Benalcázar con diez de caballo, al cual por este tiempo se le vinieron á quejar los in-

dios cañares que Ruminagui y los otros indios de Quito les daban muy continua guerra; lo cual fué á coyuntura que de Panamá y de Nicaragua habia venido mucha gente, y dellos tomó Benalcázar docientos hombres, los ochenta de caballo, y con ellos se fué la vía del Quito, así por defender á los cañares, que se le habian dado por amigos, porque tenia noticia que en Quito habia gran cantidad de oro, que Atabaliba habia dejado. Y cuando Ruminagui supo la venida de Benalcázar salió á defenderle la entrada, y peleó con él en muchos pasos peligrosos con mas de doce mil indios; y tenia hechos sus fosados, lo cual todo contraminaba Benalcázar con grande astucia y prudencia; porque quedándose él haciendo cara, enviaba en las trasnochadas un capitán con cincuenta ó sesenta de caballo, que por arriba ó por abajo, de cada mal paso se lo tenia ganado cuando amanecía; y desta manera los hizo retraer hasta los llanos, donde no osaron esperar, por el mucho daño que les hacian los de caballo, y cuando aguardaban era porque tenian hechos hoyos anchos y hondos, sembrados dentro de palos y estacas agudas, y cubiertos con céspedes y yerba sobre muy delgadas cañas, casi de la forma que escribe César en el sétimo comentario que los de Alexia le pusieron para defensa de la ciudad, en otra cava secreta, que llaman Lirios. Pero con todo cuanto hicieron, nunca pudieron engañar á Benalcázar para que cayese ni rescibiese daño en alguna destas cavas, porque nunca los acometia por aquella parte donde los indios le hacian rostro; antes rodeaba una ó dos leguas para darlos por las espaldas ó por los lados, yendo siempre con gran aviso de no pasar sobre yerba ni tierra que no fuese natural y criada allí. Y demás desto, tuvieron otra astucia los indios, viendo que la pasada no les aprovechaba, que por todas las partes por donde se sospechaba que habian de pasar los caballos, hacian unos hoyos tan anchos como la mano de un caballo, muy espesos, sin que hubiese en medio casi ninguna distancia; pero con ninguno destes ardidés pudieron engañar á Benalcázar, y les fué ganando toda la tierra hasta la principal ciudad de Quito, donde supo que un día dijo Ruminagui á todas sus mujeres (de que tenia en gran número): «Agora habréis placer, que vienen los cristianos, con quien os podréis holgar;» y ellas, pensando que se lo decia por donaire, se rieron; y costóles tan caro la risa, que á casi todas las hizo descabezar, y determinó de huir de la ciudad, poniendo primero fuego á una sala llena de muy rica ropa, que allí tenia desde el tiempo de Guaynacaba, y se huyó, aunque primero una noche dió sobre los españoles de sobresalto, sin hacer en ellos ningun daño; y así, Benalcázar se apoderó de la ciudad. Y en este tiempo envió el Gobernador á don Diego de Almagro con cierta gente hácia la costa de la mar y á la ciudad de San Miguel, para informarse verdaderamente de una nueva que le habia venido de cómo don Pedro de Albarado, gobernador de Guatemala, se habia embarcado la vía del Perú con una gruesa armada y gran número de caballos y gente para descubrir el Perú, como se dirá en el capítulo siguiente. Y llegado don Diego á San Miguel sin hallar nueva cierta de lo que buscaba, sabido que Benalcázar estaba sobre Quito, y la resistencia que Ru-

HA-II.

minagui le hacia, determinó irle ayudar; y así, fué aquellas ciento y veinte leguas hasta Quito, donde se juntó con Benalcázar y se apoderó de la gente, conquistando algunos pueblos y palenques que hasta entonces se habian defendido; y visto que no habia en aquella tierra el oro ni riqueza de que habian tenido noticia, se volvió al Cuzco, dejando por gobernador de la provincia de Quito á Benalcázar, como antes lo era.

CAPITULO X.

De cómo don Pedro de Albarado pasó al Perú, y de lo que le acaesció.

Después que don Hernando Cortés, marqués del Valle, conquistó y pacificó la Nueva-España, tuvo noticia de una tierra que con ella se contenia, llamada Guatemala, y para la descubrir envió un capitán suyo, llamado don Pedro de Albarado, el cual con la gente que llevaba la conquistó y ganó, pasando en ella muchos trabajos y peligros, cuya remuneracion su majestad le proveyó de la gobernacion della. Y desde allí tuvo noticia de la tierra del Perú, y pidió cierta parte de la conquista della á su majestad, y le fué concedida y hecho sobre ello sus capitulaciones; por virtud de las cuales él envió un caballero de Cáceres, llamado García Holguin, que con dos navíos fué á descubrir y tomar lengua en la costa del Perú. Y como le trajo tan buena nueva de la gran cantidad de oro que el gobernador don Francisco Pizarro habia habido, determinó de pasar allá, pareciéndole que entre tanto que don Francisco Pizarro y su gente se desembarazaban de lo que ternian que hacer en Caxamalca, él podria llegar la costa arriba, á ganar la ciudad del Cuzco, que conforme á lo que arriba está dicho, tenia entendido que caia fuera de las docientas y cincuenta leguas de los límites de la gobernacion de don Francisco Pizarro. Y para poder mejor efectuar su propósito, temiendo que desde Nicaragua podria después ir socorro á don Francisco Pizarro, fué una noche á la costa de Nicaragua, y tomó por fuerza dos ó tres grandes navíos que allí se estaban aderezando, para ir cargados de gente y caballos al Perú en socorro del Gobernador; y en ellos y en los que traia de Guatemala embarcó quinientos hombres de pié y de caballo, y navegó hasta tomar la tierra en la provincia de Puerto Viejo, y de allí caminó la vía de Quito, en el paraje de la línea Equinocial, por las faldas de unos llanos y espesos montes que llaman Arcabuecos, y en el camino pasó su gente gran trabajo de hambre y muy mayor de sed, porque fué tanta la falta del agua, que si no toparan con unos cañaverales de tal propiedad, que en cortando por cada nudo, se halla lo hueco lleno de agua dulce y muy buena; las cuales cañas son tan gruesas ordinariamente como la pierna de un hombre; de tal suerte, que en cada cañuto hallaban mas de media azumbre de agua, que dicen recoger estas cañas por particular propiedad y naturaleza que para ello tienen, del rocío que de noche cae del cielo, como quier que la tierra sea seca y sin fuente ni agua ninguna. Con esta agua se separó el ejército de don Pedro de Albarado, así hombres como caballos, porque dura grande espacio, aunque todavia la hambre los llegó á tales términos, que comieron muchos caballos, con valer cada uno cuatro y cinco mil

castellanos, y en la mayor parte del camino les iba cayendo encima tierra muy menuda y caliente, que se averiguó salir de un alto volcan que hay cerca de Quito, de tan gran fuego, que mas de ochenta leguas alcanza la tierra que dél sale, y da tan grandes truenos algunas veces, que suenan mas de cien leguas. Y en todos los pueblos por donde pasó don Pedro de Albarado debajo de la línea Equinocial halló gran copia de esmeraldas; y después de haber pasado tan trabajoso camino, que lo mas dél fueron abriendo á mano con hachas y machetes, topó delante sí una cordillera de sierras nevadas, donde de continuo nevaba y hacia muy gran frio; y la hora que le pareció mas conveniente determinó pasar por un portezuelo que allí habia, donde se le quedaron helados mas de sesenta hombres, aunque todos para pasar se vistieron cuantas ropas traian, iban corriendo sin esperar ni socorrerse los unos á los otros. Donde aconteció que, llevando un español consigo á su mujer y dos hijas pequeñas, viendo que la mujer y hijas se sentaron de cansadas, y que él no las podia socorrer ni llevar, se quedó con ellas, de manera que todos cuatro se helaron; y aunque él se pudiera salvar, quiso mas perecer allí con ellas. Y con este trabajo y peligro pasaron aquella sierra, teniendo á gran buena ventura haber podido verse de la otra parte; porque, aunque la provincia de Quito está cercada de muy altas sierras y muy nevadas, en medio hay unos valles muy templados y frescos, donde las gentes viven y hacen sus sementeras; y en aquel tiempo se derritió la nieve de una de aquellas sierras, y bajó tan gran cantidad de agua y con tanto ímpetu, que hundió y anegó un pueblo que se llamaba la Contiega. Y vióse llevar el agua en la corriente piedras tan grandes como dos piedras de lagar, con tanta facilidad como si fueran de corcho.

CAPITULO XI.

Cómo se toparon don Diego de Almagro y don Pedro de Albarado, y de lo que allí acaesció.

Ya dijimos arriba cómo don Diego de Almagro, dejando en la provincia de Quito por gobernador al capitán Benalcázar, y no teniendo nueva de la venida de don Pedro de Albarado, se volvió al Cuzco, y á la vuelta conquistó algunos peñoles y fortalezas donde los indios se habian hecho fuertes, en lo cual se detuvo tanto, que hubo lugar de venir don Pedro de Albarado, y llegar á la provincia de Quito, sin que don Diego pudiese saber cosa ninguna, por haber mucha distancia de camino, y en él ningun comercio de indios ni de cristianos. Pues andando un dia conquistando una provincia llamada Liribamba, pasó un caudaloso rio della por un vado harto peligroso, porque los indios le habian quemado las puentes, y á la otra parte del rio halló gran copia dellos que le esperaban de guerra, y él los venció con harta dificultad, porque tambien peleaban las mujeres tirando muy diestramente con hondas, y fué preso el señor principal dellos, el cual le dió nueva cómo don Pedro de Albarado andaba ya corriendo la tierra, y estaba quince leguas de allí sobre un peñol, donde se habia hecho fuerte un capitán indio llamado Zopazopagui. Y sabiendo esto don Diego, envió siete de caballo á descubrir lo que habia, los cuales fueron presos por la

gente de don Pedro, aunque después los tornó á soltar y se vino á aposentar cinco leguas del real de don Diego. Y sabido por don Diego de Almagro, se determinó, viendo la gran ventaja que su enemigo le tenia, de volver al Cuzco con solos veinte y cinco de caballo, y dejar los demás con el capitán Benalcázar en defensa de la tierra. Y en esta sazón aquel indio lengua, llamado Filipillo (de que arriba está hecha mención que fué causa de la muerte de Atabaliba, temiendo el castigo que por esto sabia merecer), se huyó del real de don Diego al de don Pedro, y llevó consigo un cacique principal, dejando concertado con los demás que seguian á don Diego, que enviándolos él á llamar se le pasasen. Y como Filipe llegó adonde don Pedro de Albarado estaba, se le ofreció de traerle de paz toda aquella tierra, y le dijo cómo don Diego se queria ir al Cuzco, y que si le queria prender, yendo sobre él lo podrian hacer fácilmente, porque no tenia mas de docientos y cincuenta hombres, los noventa de caballo. Y como don Pedro de Albarado tuvo este aviso, luego fué sobre don Diego de Almagro, al cual halló en Liribamba con determinación de morir defendiendo la tierra. Y así, don Pedro de Albarado ordenó su gente, y con las banderas tendidas le acometió, y don Diego, por tener poca gente de á caballo, le aguardó á pié entre unas paredes, é hizo su gente dos escuadrones, con el uno estaba él y con el otro el capitán Benalcázar. Y como estuvieron á vista unos de otros, hubieron su habla de paz, y por aquel dia y noche pusieron treguas, y en tanto los concertó un licenciado Caldera desta manera: que don Diego de Almagro diese á don Pedro de Albarado cien mil pesos de oro por los navios y caballos y otros pertrechos de la armada, y que viniesen juntos hasta donde el gobernador Pizarro estaba, para pagárselos allí. El cual concierto se hizo y guardó con mucho secreto, porque sabiéndolo la gente de don Pedro de Albarado (entre la cual habia muchos caballeros y personas principales) no se alterasen, viendo que no se trataba de remuneracion ninguna para ellos; y así, publicaron que iban de compañía la tierra arriba, para que desde allá don Pedro de Albarado continuase por mar con su armada el descubrimiento, dando licencia á todos los que quisiesen quedar en Quito con el capitán Benalcázar, para lo poder hacer, pues ya estaban todos unidos en paz y conformidad; y así, muchos de los que vinieron con don Pedro se quedaron en Quito, y don Diego y él y toda la otra gente se fueron á Pachacamá, donde supieron que les habia venido á rescibir el Gobernador desde Jauja, donde estaba, y antes que don Diego partiese de Quito quemó vivo al Cacique, que se le fué la noche que hemos dicho, y quiso hacer lo mismo á Filipillo si no rogara por él don Pedro de Albarado.

CAPITULO XII.

De cómo don Diego de Almagro y don Pedro de Albarado se toparon con el Quizquiz, y lo que les acaesció.

Yendo don Diego de Almagro y don Pedro de Albarado desde Quito para Pachacamá, el cacique de los Cañares les dijo cómo el Quizquiz, capitán de Atabaliba, venia con un ejército de mas de doce mil indios de guerra, y traia recogida toda cuanta gente de indios y ge-

nado habia hallado desde Jauja abajo, y que él se lo pornia en las manos si lo querian aguardar. Y no dando don Diego crédito á esto, continuó su camino sin detenerse. Y ya que llegaban á una provincia llamada Chaparra, vieron á deshora sobre dos mil indios, que venian dos ó tres jornadas delante del Quizquiz, con un capitán que se llamaba Sotaurco, porque el Quizquiz tenia esta orden en su camino, que delante enviaba aquel capitán y gente, y á la parte izquierda iban otros tres mil indios, recogiendo comida por los pueblos comarcanos, y en la retaguardia, dos jornadas de sí, traia otros tres ó cuatro mil indios, y él iba en medio con el cuerpo del ejército y con el ganado y gente presa; de manera que ocupaba su campo quince leguas de término y mas. Y yendo Sotaurco á tomar un paso por donde pensó que los españoles vinieran, don Pedro de Albarado llegó primero y le prendió, y supo dél toda la orden del Quizquiz, y dió una trasnochada con la gente de caballo (que le pudo seguir) sobre él, aunque les convino detenerse parte de la noche, porque á la bajada de un rio se les desherraron los caballos en los grandes pedregales que en él habia, y se detuvieron é herrarlos con lumbré; y todavía continuaron su camino á gran priesa, porque alguna de la mucha gente que topaban no volviese á dar mandado al Quizquiz de su venida, y nunca pararon hasta que otro dia tarde llegaron á la vista del real de Quizquiz. Y como él los vido, se fué por una parte con todas las mujeres y gente servil, y por la otra, que mas áspera era, echó á su hermano de Atabaliba, que se llamaba Guaypalcon, con la gente de guerra; con los cuales fué á topar don Diego de Almagro en la subida de una cuesta, y por una ladera tomaron las espaldas á Guaypalcon; y como él se vió cercado por todas partes, hizo fuerte con su gente en unas ásperas peñas, donde se defendió hasta la noche, que don Diego y don Pedro recogieron todos los españoles y los indios; con la escuridad se salieron y fueron á buscar al Quizquiz, y hallaron después que los tres mil indios que iban á la parte izquierda habian descabezado catorce españoles, que tomaron por un atajo. Y así, procediendo por su camino, toparon con la retaguardia de Quizquiz, y los indios se hicieron fuertes al paso de un rio, y en todo aquel dia no dejaron pasar á los españoles; antes ellos pasaron por la parte de arriba, adonde los españoles estaban, á tomar una alta sierra, y por ir á pelear con ellos hubieran de rescibir mucho daño los españoles; porque, aunque se querian retraer, no podian por la maldad de la tierra; y así, fueron muchos heridos, especialmente el capitán Alonso de Albarado, á quien pasaron un muslo, y á otro comendador de San Juan; y toda aquella noche los indios tuvieron mucha guardia; mas cuando amanesció tenían desembarazado todo el paso del rio, y ellos se habian hecho fuertes en una alta sierra, donde se quedaron en paz, porque don Diego de Almagro no se quiso mas allí detener; y toda la ropa que los indios no pudieron subir á la sierra la quemaron aquella noche, quedando en el campo mas de quince mil ovejas y mas de cuatro mil indias y indios que se vinieron á los españoles, de los que llevaba presos el Quizquiz. Y llegados los cristianos á San Miguel, don Diego de Almagro envió

al Puerto-Viejo al capitán Diego de Mora, á que por él se entregase de la armada de don Pedro de Albarado, el cual para ello envió de su parte á García de Holguin que se la hiciese dar. Y después que don Diego dió allí en San Miguel muchos socorros de armas y dineros y vestidos, así á su gente como á la de don Pedro de Albarado, continuaron su camino la via de Pachacamá, y á la pasada dejó poblando la ciudad de Trujillo al capitán Martín Astete, como el gobernador don Francisco Pizarro lo habia mandado. En este tiempo llegando el Quizquiz cerca de Quito, un capitán de Benalcázar le desbarató la gente que llevaba en el avanguardia, por lo cual estuvo en grande afliccion, sin saber qué se hacer, porque sus capitanes le decian que se diese de paz á Benalcázar, por lo cual él los amenazó de muerte y los mandó apercebir para volver atrás. Y como la gente no tenia comida para dar la vuelta, fueron á él ciertos capitanes, llevando por cabeza á Guaypalcon, y le dijeron que era mejor morir peleando con los cristianos que no volver á morir de hambre en el despoblado. A lo cual no le dió buena respuesta el Quizquiz, y por ello Guaypalcon le dió con una lanza por los pechos, y luego le acudieron otros capitanes, y con porras y hachas le hicieron pedazos, y derramaron la gente, dejando ir á cada uno donde quiso.

CAPITULO XIII.

De cómo el Gobernador pagó á don Pedro de Albarado los cien mil pesos del concierto, y cómo don Diego se quiso hacer rescibir por gobernador en el Cuzco.

Llegados don Diego y don Pedro á Pachacamá, el Gobernador, que allí habia venido desde Jauja, los recibió alegremente, y pagó á don Pedro los cien mil pesos que se habia concertado con él de darle por el armada, aunque de muchos fué aconsejado que no se los pagase, diciendo que la armada no valia cincuenta mil, y que aquel concierto habia hecho don Diego de temor, por no romper con don Pedro, que le tenia mucha ventaja, y que seria mejor enviarlo preso á su majestad; y aunque el Gobernador pudiera hacer aquello muy fácilmente y sin peligro, quiso mas cumplir la palabra de don Diego de Almagro, su compañero, y le pagó liberalmente los cien mil pesos en buena moneda, y le dejó ir con ellos á su gobernacion de Guatimala, y él se quedó poblando la ciudad de los Reyes, pasando allí la poblacion que tenia hecha en Jauja, porque le pareció lugar mas apacible y aparejado para todo género de contratacion, por ser puerto de mar. Desde allí se fué don Diego con mucha gente al Cuzco, y el Gobernador bajó á Trujillo á reformar la poblacion y á repartir la tierra. Y allí le llegó nueva cómo don Diego de Almagro se habia querido alzar con la ciudad del Cuzco, porque habia sabido que su majestad, con la nueva que le llevó Hernando Pizarro, le habia proveido de la gobernacion de otras cien leguas, pasados los límites de la de don Francisco, que decian acabarse antes del Cuzco. Y á esto resistieron Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, hermanos del Gobernador, con mucha gente que les acudió, y cada dia andaban á lanzadas con don Diego y con el capitán Soto, que era de su parte; pero á la fin no pudo salir con ello, porque la mayor parte del cabildo acostó á la parte del

Gobernador y de sus hermanos. Y como el Gobernador esta nueva supo, se fué por la posta al Cuzco, y con su presencia lo apaciguó todo, y perdonó á don Diego, que muy confuso estaba por lo que habia hecho sin tener título ni provision para ello, salvo que le dijeron solamente que le estaba concedido. Y allí de nuevo tornaron á firmar nueva concordia y compañía en esta manera: que don Diego de Almagro fuese á descubrir por la tierra hácia la parte del sur, y que si buena tierra hallase pediria la gobernacion á su majestad para él, y no la habiendo tal, partirian la gobernacion de don Francisco entre ambos; y después desto, juraron en la Hostia consagrada, de no ser el uno contra el otro. Y algunos dicen que Almagro juró de no tocar en el Cuzco ni en

ciento y treinta leguas adelante, aunque su majestad se lo diese en gobernacion, y que hablando con el Santo Sacramento, dijo así: «Plega á tí, Señor, que cuando este juramento quebrantare tú me confundas cuerpo y alma.» Y hecho esto, don Diego se aderezó y se fué su jornada con mas de quinientos hombres que le siguieron, y el Gobernador se volvió á la ciudad de los Reyes, y envió á Alonso de Albarado á conquistar la tierra de los Chachapoyas, que es á sesenta leguas de la ciudad de Trujillo, la sierra adentro; en la cual conquista pasó mucho trabajo él y los que con él fueron, hasta que poblaron y pacificaron aquella tierra, quedándole á él encomendada la gobernacion y justicia della.

LIBRO TERCERO.

DE LA JORNADA QUE DON DIEGO DE ALMAGRO HIZO Á CHILI, Y DE LAS COSAS QUE EN ESTE MEDIO SUCEDIERON EN EL PERÚ, Y CÓMO LOS INDIOS SE ALZARON CON LA TIERRA.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo don Diego de Almagro se partió para Chili.

Don Diego de Almagro se partió en descubrimiento de su conquista con quinientos y setenta hombres de pié y de caballo bien aderezados, y algunos vecinos dejaron sus casas y repartimientos de indios, y se fueron con él, con la gran suma de oro que en aquellas partes habia, y envió adelante á Juan de Sayavedra, natural de Sevilla, con cien hombres, que en la provincia que después llamaron los Charcas topó con ciertos indios que venian de Chili á dar la obediencia al Inga. Llevó consigo el Adelantado hasta docientos hombres de pié y de caballo, con que fué conquistando por espacio de docientas y cincuenta leguas, hasta la provincia de Chiloana, donde tuvo noticia que le seguian otros cincuenta españoles, y les escribió que se viniesen á él, trayendo por capitán á Noguero de Ulloa, y con todos fué conquistando hasta la provincia de Chili, que son otras trecientas y cincuenta leguas; y allí quedó con la mitad de la gente, y con la mitad envió á descubrir á Gomez de Albarado, el cual descubrió hasta sesenta leguas, y por las aguas del invierno se volvió á don Diego.

Cuando el Adelantado partió del Cuzco, Mango Inga dejó concertado con Villaoma, su hermano, que en un día señalado matasen á los cristianos que estaban en el Perú, y que él mataria á don Diego y á los suyos; lo cual no pudo efectuar, y el hermano hizo el levantamiento que adelante se dirá. Del real de don Diego se huyó aquel indio llamado don Felipe, que era lengua, porque sabia el trato, y don Diego envió tras él, y preso, le hizo descuartizar, y él confesó al tiempo de la muerte, que habia sido causa de la injusta muerte que se dió á Atabaliba, por gozar de su mujer. Habiendo dos meses que el Adelantado estaba en Chili, llegó allí un ca-

pitán suyo, llamado Ruy Díaz, con cien hombres desocorro, y certificó haberse rebelado todos los indios del Perú y haber muerto la mayor parte de los cristianos que allí habia; la cual nueva Almagro sintió mucho, y determinó volver sobre los indios y reducir la tierra al servicio de su majestad, para enviar (después de haberlo hecho) un capitán suyo con gente para poblar á Chili. Y así, se partió, y en el camino rescibió cartas de Rodrigo Orgoños, que venia en rastro suyo con veinte y cinco hombres. Y poco después le alcanzó Juan de Herada, que tambien venia en su socorro con cien hombres, y traia las provisiones reales por donde su majestad le hacia gobernador de docientas leguas mas adelante, acabados los límites del Marqués, llamando su gobernacion la Nueva-Toledo, porque la del Marqués se llamaba la Nueva-Castilla. Y aunque al principio deste capítulo se dice que don Diego llevó á este descubrimiento quinientos y setenta hombres, aquellos son los que se pensó que fueran; caso que en realidad de verdad no partieron mas de los docientos hombres y los otros socorros que después le vinieron, de que arriba se trata.

CAPITULO II.

De los trabajos que pasó don Diego de Almagro y su gente en el descubrimiento de Chili.

Grandes trabajos pasó don Diego de Almagro y su gente en la jornada de Chili, así de hambre y sed, como de reencuentros que tuvieron con los indios de muy crecidos cuerpos, que en algunas partes habia muy grandes flecheros y que andaban vestidos con cueros de lobos marinos; y sobre todo, les hizo gran daño el demasiado frio que pasaron en el camino, así del aire tan helado como después al pasar de unas sierras nevadas, donde acaesció á un capitán que iba tras don Diego

de Almagro, llamado Ruy Díaz, quedársele muchas personas y caballos helados, sin que bastasen ningunos vestidos ni armas á resistir la demasiada frialdad del aire, que los penetraba y helaba. Y era tan grande la frialdad de la tierra, que cuando dende á cinco meses don Diego volvió al Cuzco halló en muchas partes algunos de los que murieron á la ida en pié arrimados á algunas peñas, helados, con los caballos de rienda tambien helados, y tan frescos y sin corrupcion como si entonces acabaran de morir; y así, fué gran parte de la sustentacion de la gente que venia los caballos que topaban helados en el camino y los comian. Y en todos estos despoblados donde no habia nieve era grande la falta del agua, la cual suplieron con llevar cueros de ovejas llenos de agua; de tal manera, que cada oveja viva llevaba á cuestras el cuero de otra muerta, con agua; porque, entre otras propiedades que tienen estas ovejas del Perú, es una de llevar dos y tres arrobas de carga, como camellos, con quien tienen mucha semejanza en el talle, si no les faltase la jiba de los camellos; y tambien las han impuesto los españoles en que lleven una persona cabalgando cuatro y cinco leguas en un día, y cuando se sienten cansadas y se echan en el suelo ningun medio hasta para levantarlas, aunque las hieran y ayuden, sino es quitándoles la carga; y cuando llevan alguno cabalgando, si se cansan y las apremian á andar, vuelven la cabeza al que va encima y le rucian con una cosa de muy mal olor, que parece ser de lo que traen en el buche. Es animal de gran fruto y provecho, porque tiene finísima lana, especialmente las que llaman pacos, que tienen las vedijas largas; son de poco mantenimiento, especialmente las que trabajan, y comen maíz, que se pasan cuatro y cinco dias sin beber. La carne dellas es tan saporosa y sana como los carneros muy gordos de Castilla. Y destas hay ya por toda la tierra carnicerías públicas, porque á los principios no eran menester, sino que, como cada español tenia ganado propio, en matando una oveja enviaban los vecinos por lo que habian menester á su casa, y así se proveian á veces. En cierta parte de Chili, en unos campos rasos, hay avestruces que para las matar se ponian los de caballo en postas, corriendo tras ellas los unos hasta donde estaban los otros, porque de otra manera no las podia alcanzar un caballo, segun vuelan á pié, saltando á trancos, casi sin levantar del suelo. Tambien hay por aquella costa muchos rios que corren de día, y de noche no traen gota de agua; lo cual causa gran admiracion á los que no entienden que aquello procede de que se derrite de día la nieve de las sierras con el calor del sol, y entonces corre el agua, lo cual de noche, con la frialdad, se reprime y no corre. Y pasadas quinientas leguas por luengo de costa, que son treinta grados de aquel cabo de la línea Equinocial hácia la parte del sur, llueve y ventan todos los vientos que en España y otras partes de oriente. Es toda aquella tierra de Chili bien poblada y algo doblada, tanto rasa como montuosa; y aunque por los golfos y ancones que la mar hace la tierra se corre por diversos rumbos y viajes, pero la mar por luengo de costa se considera norte sur, que es de mediodía á septentrion, desde la ciudad de los Reyes hasta en cuarenta grados, y es

tierra muy templada, y hay en ella invierno y verano, aunque en los tiempos contrarios de Castilla. El norte que allí parecia que debe corresponder á nuestro norte, no se parece en aquella tierra ni se conoce mas de por una sola nube chica y blanca que entre noche y día da una vuelta á aquel lugar, donde verisimilmente se cree que está aquel norte que los astrólogos llaman polo Antártico. Y asimismo se parece un crucero con otras tres estrellas que tras él andan, que por todas son siete, á la manera de las siete estrellas que rodean nuestro norte, que los astrólogos llaman Trion, y están puestas al compás de las nuestras, sin diferir mas de que las cuatro que hácia el mediodía hacen cruz están mas juntas allí que en nuestro polo. El nuestro norte se pierde de vista de todo punto poco menos de docientas leguas de Panamá, llegóndole debajo la línea, y entonces se ven desde allí estos dos triones ó guardas del norte cuando están mas altas sobre las cabezas de los mismos nortes, aunque por grande espacio del polo Antártico no se parecen mas de las cuatro estrellas que hacen el crucero por el cual se gobiernan los mareantes; y después, metiéndose de treinta grados para arriba, vienen á descubrir todas siete. En esta tierra de Chili hace diferencia el día de la noche y la noche del día, segun el tiempo, que es por la órden que en Castilla, aunque trocados los tiempos, como está dicho. En tierra del Perú y en la provincia de Tierra-Firme y en todas las tierras vecinas á la línea Equinocial la noche es igual con el día todo el año, y si algun tiempo cresce ó mengua en la ciudad de los Reyes, no es distancia que se eche de ver notablemente. Los indios de Chili visten como los del Perú, son hombres y mujeres de buenos gestos, y comen las viandas que en el Perú; y adelante de Chili, en treinta y ocho grados de la línea, hay dos grandes señores que traen guerra el uno contra el otro, y cada uno saca en campo docientos mil hombres de guerra; el uno dellos se llama Leuchengorma, que tiene una isla dos leguas de la Tierra-Firme dedicada á sus ídolos, donde hay un gran templo que lo sirven dos mil sacerdotes. Y los indios deste Leuchengorma dijeron á los españoles que cincuenta leguas mas adelante hay entre dos rios una gran provincia toda poblada de mujeres, que no consienten hombres consigo mas del tiempo conveniente á la generacion; y si paren hijos los envian á sus padres, y si hijas, las crian. Están sujetas á este Leuchengorma; la reina dellas se llama Gaboimilla, que en su lengua quiere decir cielo de oro, porque en aquella tierra diz que se cria gran cantidad de oro; y hacen muy rica ropa, y de todo pagan tributo á Leuchengorma. Y aunque muchas veces se ha tenido muy cierta noticia de todo esto, nunca ha habido aparojo de poderlo ir á descubrir, por no haber querido poblar don Diego de Almagro, y porque don Pedro de Valdivia, que después fué enviado á poblar esta tierra, nunca tuvo tanto número de gente con que pudiese ir á descubrir y dejar poblados los pueblos que tiene hechos. La poblacion deste capitán está treinta y tres grados de aquel cabo de la línea hácia el sur; y de ser toda la costa bien poblada hasta mas de cuarenta grados de costa dió noticia un navío del armada que envió don Gutierre de Carvajal, obispo de Plasencia, que embocó por el es-